

**Discurso del Excmo. Sr.
D. Vicente Colomer Viadel,
Rector Magnífico**

Excmas. e Illmas. Autoridades.
Señorías Claustales.
Señoras y Señores.

Nuevamente hoy hemos sido convocados para uno de los acontecimientos más genuinos y trascendentes de nuestra Institución: incorporar a nuestra comunidad como "Doctor Honoris Causa" a un científico que con su ejemplo y quehacer diario ha sabido realizar lo que de imperecedero y esencial tiene la Universidad y también cómo a lo largo de la Historia lo celebramos inmersos en ese, al parecer, perenne y etéreo sentimiento de que nuestra Universidad está acabada y pronta a su desaparición.

Muchas veces se han escuchado contundentes, continuas, y en ocasiones entusiastas, declaraciones de nuestra defunción institucional, exhaustivas descripciones de nuestra agonía y las referencias minuciosas a nuestro estertor por lo que poco parece podríamos decir sobre tan permanente tema.

Y sin embargo bastará una breve reflexión sobre los objetivos y valores seculares que mantenemos y conservamos en la Institución para concluir que por muchos problemas que históricamente estén presentes, también permanentemente la Universidad ha sabido sobrellevarlos por la propia necesidad social, consciente en sus más íntimas convicciones, que lo que está en juego no es la pervivencia, o no, de un organismo administrativo más, sino el coloso guardián de la puerta de la cultura que posibilita el progreso, ya que toda fe en el futuro lo es también en el progreso, es decir, que la idea de progreso es nuestra forma institucional de imaginar el futuro.

Cualesquiera que sea la forma social que prevalezca en el devenir de la Historia siempre que exista un hombre libre que ame la verdad y tenga voluntad de enseñar lo aprendido estará segura la permanencia de la Universidad.



Y ello porque los fines que perseguimos: enseñar, hacer progresar el conocimiento y dar ejemplo ético-social son consustanciales con cualquier forma organizada de comunidad de hombres.

Pero bueno será que analicemos el contenido de estos objetivos, de presencia inmutable entre nosotros pero muchas veces no comprendidos o, intencionadamente, de forma simplista interpretados.

La pedagogía pretende enseñar a ser, a estar en el mundo del modo más productivo y menos conflictivo posible; su misión es ocupar el espíritu pero no comprometerlo. Lo que pedagógicamente puede transmitirse son las reglas generales pues sólo dentro de esas reglas puede admitirse que el mundo pueda ser perfeccionable.

En educación no hay normas fijas, si acaso como principio esencial debíamos, al igual que afirmaba Eckhart, buscar que el hombre esté vacío de conocimientos no en el sentido que deba olvidar lo que sabe, sino que debe olvidar que sabe. Es decir, no debemos considerar nuestro saber como una posición egoísta, que nos ofrezca seguridad y un sentimiento de identidad; no debemos, en definitiva, de estar saciados de conocimientos, ni aferrarnos a éstos o codiciarlos pues ellos jamás deben transformarse en dogma que nos esclavice.

Otro de los fines inalienables para nosotros es el progreso de la ciencia sabiendo que, conocer verdaderamente es conocer lo esencial, internarse en ello, penetrarlo con el espíritu más allá del análisis o la palabra.

De aquí viene el carácter universalista de nuestra Institución como servicio de la Ciencia que no reconoce frontera por ser patrimonio indeleble de la Humanidad.

Y todo ello va unido inalterablemente a una necesaria y deseada inter-relación Universidad-Sociedad que debe caracterizar la actividad universitaria, aun cuando respetando siempre los básicos principios de la libertad docente e investigadora. Es precisamente por esta comunión que debe existir con nuestro entorno social por lo que la Institución no sólo debe, sino que tiene que ser modelo y símbolo de ejemplaridad ética y comportamiento humano.

Y para poder ser firme baluarte de las misiones referidas nos debemos exigir mantener como símbolos indisolubles de nuestra Institución valores imperecederos como la inteligencia, la tolerancia y la generosidad.

Uno de los grandes defectos de la moralidad tradicional ha sido la poca estimación que ha concedido a la inteligencia.

Por ello con demasiada frecuencia se ha sacrificado en la historia la inteligencia, porque ella puede producir duda y la duda posibilita desaprender las creencias más ampliamente compartidas y poner en cuestión la posibilidad misma de creer.

Solo nuestra Institución, por consecuencia inevitable a sus propios principios, cuando ha cumplido su misión, destierra esa tentación desde la certeza que sólo el conocimiento determinado por la duda merece se llamado desinteresado. Duda que no es nihilista, pues ésta sólo busca el enflaquecimiento constante de sus creencias, procurando que su ideología se vea reducida al mínimo compatible con la vida. La Universidad es lo antitético al nihilismo pues éste carente de tradición y de futuro, tampoco tiene historia. Sólo nuestra Institución ha sido, en cualquier circunstancia, permanente refugio de la lucidez y de la libertad de pensamiento.

Por eso la duda objetiva, analítica y lógica, fruto de la inteligencia activa es la que provoca nuestra permanente actitud de tolerancia. Frente a los dictados de la intransigencia dogmática, la Universidad contrapone su receptividad de tolerancia consecuente, pues quien carece de principios dogmáticos no necesita de patibulos ni Inquisiciones para defenderlos.

Quien está convencido de que todos los argumentos son contestables no podrá dejarse llevar por la intransigencia en mantener una pureza doctrinal de lo inexistente. La tolerancia es inherente al espíritu lúcido porque la reflexión frena, extenua, envejece, pero... también estimula la aparición del espíritu tolerante. Y estos dos principios de comportamiento deben ir acompañados de un espíritu generoso que nos haga interesar en nuestros logros a todos cuantos no participan de nuestro conocimiento, precisamente impelidos por nuestro ferviente deseo que de esta forma alcanzamos un clima de comunicación y paz como estado de relaciones armoniosas duraderas entre las naciones que sólo puede lograrse cuando la estructura de tener se vea reemplazada por la estructura de ser.

Con ello conseguiremos crear una juventud exenta de miedo e inhibiciones y cuando esto se haya alcanzado podremos abrirle el mundo del conocimiento libre y totalmente, sin rincones oscuros y ocultos emprendiendo la permanente aventura del descubrimiento con ese espíritu de independencia que permita cimentar sólidamente el mundo de nuestras esperanzas.

Usted, admirado Profesor Boriaug, encarna brillantemente la realidad de que esos valores universitarios no son pura retórica sino la verdad vitalista de un hombre, de un universitario.

Porque usted representa esa inteligencia fruto de la tolerancia, y aun cuando la pasión mata con mucha frecuencia al entendimiento y entre los intelectuales, por el contrario, no es raro que el entendimiento mate a la pasión, usted Profesor Borlaug ha sabido alejarse de esos dos infortunios con un sentimiento apasionado por la vida constructiva y un entendimiento en pos del progreso y la verdad.

Y usted, nuestro nuevo Doctor, ha demostrado que la máxima de los grandes pensadores de la historia que nos enseñaron que "nuestra meta debe consistir en ser mucho y no en tener mucho" se hace realidad en esa modélica vida suya sacrificada en la ayuda y generosidad hacia los pueblos más necesitados.

Por eso Profesor Borlaug permítame que hoy en nombre de la Universidad de Córdoba le exprese nuestro orgullo por saberle un nuevo miembro más de nuestra comunidad que servirá permanentemente como punto de referencia para no desviarnos de los inmutables objetivos y valores consustanciales con nuestra Institución.

Nadie se sorprenderá que mi voz se alce hoy quizás con una vibración más profunda porque presidiendo este acto soy consciente que la Universidad está constatando que su vitalidad y juventud se renueva con cada hombre y que su magisterio y su misión perdurará para siempre como muralla infranqueable que preserve a cualquier sociedad organizada de la barbarie y la destrucción.

Por eso, precisamente, hemos elegido este incomparable marco de tolerancia, diálogo y conocimiento que constituye nuestra histórica Mezquita, monumento Internacional de la Humanidad porque si el simbolismo tiene una proyección a la realidad no puede haber lugar más adecuado que sintone con vuestra obra y con la universalidad de nuestra misión.

Erich From afirmaba que puede realizarse la utopía humana: una nueva humanidad unida que viva en forma solidaria y en paz, libre de la determinación económica, de la guerra y de la lucha de clases: siempre que las mismas energías, inteligencia y entusiasmo que empleamos para lograr nuestras utopías técnicas las apliquemos en la realización de la utopía humana que abra la aparición de nuevas formas sociales que permitan reducir el abismo entre lo necesario y lo posible.

Usted Profesor Borlaug ha esculpido con su vida y su trabajo el pórtico que conduce al camino para pasar de esta utopía a la realidad.

Por eso entenderá el legítimo orgullo que esta Universidad, joven por historia, pero con rancios principios contagiados por su presencia en esta milenaria ciudad de Córdoba, siente por contarle entre sus miembros.

Sabed que teneis, a partir de hoy, una responsabilidad añadida en vuestra vida: la de ser norte y ejemplo de nuevos universitarios que llevan en sí esos valores esenciales de nuestra Institución pero que necesitan una referencia y un modelo para poder desarrollarlos en toda su potencialidad.

La Universidad de Córdoba, no sólo os pide, también os ofrece, desde este mismo momento, nuestro afecto, admiración y respeto.

Recibido y entrad con bien en nuestra Comunidad.

Muchas gracias.



El Dr. Borlaug recibe el pergamino conmemorativo (Foto Ladis)